

Sixto K. Roxas, Las Filipinas. Un ensayo descriptivo de proyecto sobre desarrollo sostenible humanitario en la política económica nacional

La Carta de la Tierra ya tiene un hogar y un nombre en las Filipinas



Sixto K. Roxas, un renombrado economista filipino, ha fungido como el principal planificador económico del país y miembro del Gabinete como Subsecretario de

Relaciones Exteriores para Relaciones Económicas Internacionales. Actualmente es Presidente del Instituto Máximo T. Kalaw para el Desarrollo Sostenible. También funge como Presidente de la Fundación de Organización Comunitaria y Tecnología Administrativa y Presidente de SKR Managers & Advisors, Inc. en Manila. Roxas es Presidente del Foro Verde, Vicepresidente del Movimiento Filipino de Reconstrucción Rural y Vicepresidente de la Fundación para el Medio Ambiente Filipino. Ha recibido un sinnúmero de galardones por su liderazgo en administración, economía y protección ambiental. También ha sido Presidente del Instituto Asiático de Administración, Presidente Ejecutivo del Grupo Bancom y Vicepresidente de American Express International. Se le considera pionero en banca de inversiones en las Filipinas. Se jubiló de la banca en 1982 y, desde entonces, ha estado comprometido con el desarrollo de un sistema de administración comunitaria local.

En marzo de 1987, la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo atrajo la atención mundial hacia las “tendencias que el planeta y sus habitantes ya no pueden soportar: las deficiencias del desarrollo y las deficiencias de la administración ambiental”. De las dos deficiencias, emergieron las mellizas apocalípticas

que amenazan la supervivencia misma del planeta: la pobreza persistente y la destrucción ambiental. Las Filipinas se destacan como víctima dramática de estas mellizas mortíferas. La situación apremiante del país podría convertirse en el futuro del planeta. A la vez, la participación profunda y continua del pueblo filipino en la redacción de la Carta de la Tierra y en la ejecución práctica de sus principios, se podrían apreciar por el mundo como un modelo para la revolución intelectual, la transformación moral y los cambios institucionales que marcan el derrotero de la recuperación.

Las Filipinas son un microcosmos de todos los temas principales del planeta: la pobreza, la crisis ambiental y el conflicto social. El impacto desastroso de una inadecuada teoría y estrategia para el desarrollo es la causa medular de estos problemas, que en ningún lugar resultan tan evidentes como en este país de frágiles islas. Los delicados equilibrios de la naturaleza –el génesis del cosmos filipino y de su hábitat, su equilibrio interno, la evolución del hombre y la comunidad humana de este país– constituyen un reflejo del proceso planetario.

Las Leyes de la Naturaleza y los procesos de sus asentamientos están vivamente retratados en este archipiélago, como lo están las patologías a las que está sujeto. Este territorio de siete mil islas, formado a lo largo de ciento cincuenta millones de años de procesos geológicos, volcánicos y biofísicos, sobre el que habitaban originalmente varios cientos de tribus en un modo de vida en armonía con sus hábitats, fue arrastrado hacia la corriente histórica occi-

dental por la invasión y colonización española en el siglo XVI. Cuatrocientos años de civilización española transformaron a estas tribus en la nación filipina de creencias cristianas y musulmanas principalmente. Casi medio siglo de colonización estadounidense trajo consigo el individualismo y una cultura empresarial moderna.

Un archipiélago en el Trópico tiene vulnerabilidades propias de estas latitudes. Compuesto no sólo de miles de islas, sino también de miles de nichos microecológicos, el archipiélago filipino cuenta con especies de flora y fauna que se han ido adaptando durante un período de varios millones de años, mediante un proceso de selección. Debido a la multiplicidad de estos nichos, existe la tendencia de que exista una multiplicidad de especies y subespecies tanto de flora como fauna, pero con relativamente pocos especímenes en cada uno. La peor fuerza posible que se pudo haber liberado en el hábitat insular filipino fue la ola de intervenciones de desarrollo impulsadas por empresarios con propósitos únicos, especializados por sectores, que perseguían sueños de amasar fortunas personales de la explotación de la naturaleza. Estas intervenciones hallaron su justificación científica y ética en el bagaje intelectual e ideológico de las revoluciones de los siglos XVIII y XIX en Europa y América.

La tecnología moderna puso un tremendo poder físico en las manos del hombre, antes de poder crear en él una conciencia y ética necesarias para usar ese poder sabiamente. Estos supuestos empresarios, impulsados por sus logros, que buscaban

satisfacer intereses propios y optimizar sus utilidades, además de violar el medio ambiente y marginar y alejar a grandes masas de gente, fueron ensalzados como héroes de la sociedad contemporánea. Sus virtudes fueron aclamadas. Por más de cuatro generaciones, a los jóvenes se les enseñaba a enaltecer sus valores. Ese frágil ecosistema, que le tomó a la naturaleza ciento cincuenta millones de años en construir, fue destruido por una sola generación de filipinos.

Las comunidades en la naturaleza están formadas en familias, aldeas y pueblos que encuentran su equilibrio natural con sus entornos. “Los sistemas de subsistencia” se integran con sistemas sociales, religiosos y políticos. Cuando las poderosas fuerzas comerciales y gubernamentales adoptan una visión sectorial, éstas, de hecho, desintegran estas formas naturales e intentan reagruparlas en instituciones especializadas y orientadas por sectores: en pueblos azucareros, asentamientos madereros, pueblos mineros, centros industriales y comerciales y zonas de procesamiento para exportación. Este proceso jamás ha tenido éxito en reintegrar completamente a las comunidades naturales que inicialmente fueron desintegradas. Segmentos completos de la población original de un hábitat natural se vuelven “marginales” a las nuevas comunidades. El llamado “progreso” mismo recluta a los principales talentos de cada comunidad en las filas de los negocios y la administración de este estilo. Las comunidades naturales pierden todo su liderazgo en este proceso, ya sea a través de los negocios o el gobierno.

El enfoque al problema filipino requiere de una ideología fresca. Debe hallarse una forma, con mucha celeridad, de alcanzar una convergencia entre las actividades que enriquecen a la gente, aquéllas que les dan a las comunidades una subsistencia sostenible y adecuada, y aquéllas que restauran y conservan los recursos naturales. Para esto se requerirá de una nueva visión de la naturaleza que cuente con leyes propias que dictan el balance y equilibrio de la autosubsistencia y que el hombre debe respetar, si su uso de la naturaleza para

sus propias necesidades ha de ser sostenible también. Asimismo, se necesitará una nueva visión de organización económica, social y política que reconozca que la comunidad humana natural es la modalidad que la naturaleza ha diseñado que mejor adapta las instituciones operativas del hombre a las exigencias de su hábitat.

Es más, la nueva ideología necesitará que se traduzca esa visión en normas éticas, valores, leyes, instituciones y modalidades de proyecto que gobiernen el accionar cotidiano del hombre en la sociedad. En resumen, la humanidad necesita un código de conducta sostenible; necesita una Carta de la Tierra.

De las crisis surge el liderazgo que responde a las necesidades y a los movimientos sociales que transforman la angustia en ira, que es la que genera las fuerzas del cambio. Fue inevitable, entonces, que al inicio emergieran líderes que motivaran acciones en la sociedad civil para crear conciencia y combatir las fuerzas de destrucción en un intento por contrarrestar esta marea.

La historia personal de Máximo Kalaw, Jr. le favoreció eminentemente para convertirse en dirigente del movimiento en las Filipinas, habiendo fundado el Instituto para Futuros Alternativos de Filipinas, transformando a Haribon en una fundación de activismo ambiental, y creando una coalición de más de 800 fundaciones, pueblos y organizaciones que se denominó el Foro Verde. Este Foro realizó sesiones de consulta participativa en el ámbito nacional en ocho regiones del país, a fin de que las personas revelaran sus propias nociones de lo que el desarrollo sostenible significa para ellas y para sus comunidades locales.

El 21 de febrero de 1986, la pacífica revolución denominada “El Poder del Pueblo” derribó al régimen de Marcos, y Corazón Aquino asumió la Presidencia de un gobierno revolucionario. En 1987, una nueva Constitución restauró la república democrática. Ese mismo año, el informe de la Comisión Brundtland sobre Medio Ambiente y Desarrollo destacó el problema

dual de deficiencia en el desarrollo y en la administración ambiental, fallas que crearon las mellizas catastróficas de pobreza y destrucción ambiental. Poco tiempo después se inició el movimiento de desarrollo sostenible en las Filipinas. En febrero de 1988, una Conferencia sobre Espiritualidad y Desarrollo llamada “Kaburuan” –palabra filipina que significa integridad– reunió al gobierno, la Academia, organizaciones no gubernamentales (ONG), estudiantes, agricultores, pescadores, obreros, organizaciones religiosas y movimientos espirituales de todos los credos, pueblos indígenas, grupos de mujeres, artistas, grupos empresariales y consumidores, que generaron la Declaración Kaburuan de Principios para la Espiritualidad en el Desarrollo Filipino. Ésta se consideró la precursora de la Contribución Filipina a la Carta de la Tierra de 1991.

Un borrador filipino de la Carta de la Tierra fue ratificado el 7 de septiembre de 1991. Antes de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (CNUMAD) en junio de 1992, las Filipinas anticipaban que una Carta de la Tierra Global encarnaría los pactos de las naciones del mundo como base para una ruta hacia el desarrollo sostenible. Una Carta de la Tierra para los Pueblos, que incluiría la Contribución del Sureste de Asia, fue preparado en la Cumbre de las ONG de París, celebrada en La Villette, Francia en diciembre de 1991, la CNUMAD en Río de Janeiro adoptó la Agenda 21 pero, lamentablemente, no así la Carta de la Tierra. Sin embargo, el proceso filipino de la Carta de la Tierra siguió adelante.

Es importante destacar que las Filipinas fue el primer país en adoptar una Carta de la Tierra oficial, reconocida por su gobierno en junio de 1995. Ése no fue el texto de la Carta de la Tierra con el que contamos ahora; fue un texto redactado en las Filipinas a través de un proceso de consulta entre comunidades y gobierno. Surgió a manera de seguimiento del proceso 92 de la Carta de la Tierra y fue un aporte a la redacción de la Carta de la Tierra internacional. En 1995, el presidente Fidel Ramos firmó esta Carta de la Tierra filipina, conocida como la Contribución Filipina a la Carta de la Tierra para los Pueblos.

El 17 de junio de 1995, los representantes del gobierno y de la sociedad civil en las Filipinas adoptaron la Contribución Filipina a la Carta de la Tierra para los Pueblos (PCPEC, por sus siglas en inglés), en una reunión sobre Seguridad Humana y Ecológica, durante una Conferencia sobre Población, Medio Ambiente y Paz. Los firmantes de la PCPEC eran miembros del Consejo Filipino para el Desarrollo Sostenible y funcionarios del gobierno local. Esta Carta expresaba los principios de la Contribución Filipina original a la Carta de la Tierra de Río, pero fue enriquecida por la experiencia de la colaboración del estado y de la sociedad civil, a fin de impulsar una agenda guiada por virtudes para el desarrollo filipino.

Durante ese mismo tiempo, se realizaron esfuerzos por vincular el proceso de redacción de un pacto filipino para seguir una modalidad de desarrollo que conservara a la Madre Tierra, junto con la lucha filipina más antigua por liberarse de los grilletes del colonialismo y basar esta lucha en las raíces sagradas y esotéricas de los movimientos independentistas nacionales y los ideales de nuestros héroes revolucionarios nacionales. Al vincular los rituales de dedicación de la Carta de la Tierra con los sitios y fechas dedicados a las memorias de la Revolución Filipina contra el colonialismo español, se asociaron los principios de la Carta con las memorias y emociones relativas a sucesos que definieron la lucha por la libertad de nuestro pueblo. Por ejemplo, la firma en junio de 1995 de la Contribución Filipina a la Carta de la Tierra para los Pueblos coincidió con el centenario de la firma del Pacto que lanzó el Movimiento Revolucionario Filipino en abril de 1895, en la Cueva Pamitinan en la Provincia de Rizal.

Los principios del desarrollo sostenible se articularon originalmente en debates comunitarios a través de las Filipinas, encarnados en declaraciones formales a distintos niveles, consagrados en un documento final llamado la Contribución Filipina al Proceso de la Carta de la Tierra y solemnizados en rituales religiosos y ceremonias estatales. Esto fundió el movimiento con el espíritu de la revolución filipina de 1896 e hizo que el proceso de la

Carta de la Tierra formara parte integral de las tradiciones históricas sagradas de la nación filipina. La Contribución Filipina surgió entonces de las profundas inquietudes que tenían los pueblos sobre la pobreza y la destrucción de hábitats en cada rincón del país.

Fue apropiado que Máximo Kalaw, Jr., quien encarnó la fuerza dirigente del movimiento filipino, fuera designado como el principal facilitador y coordinador del Consejo de la Tierra, para crear el consenso global que hoy se ha convertido en la Carta de la Tierra. Kalaw falleció en noviembre del 2001, pero el proceso filipino continúa ahondando los Principios de la Carta de la Tierra en la conciencia de la nación, preservándolos en la simbología ritual y en la acción práctica.

Desde el lanzamiento de la Carta de la Tierra en el año 2000, los esfuerzos de las Filipinas por fijar los principios de la Carta en la psique filipina y en las memorias de los eventos históricos filipinos, han evocado las más fervientes emociones nacionales. También han dado pie a la exploración teórica, con el trabajo de economistas y científicos sociales dedicados a reexaminar el paradigma de las empresas y a apoyar una praxis administrativa que se basa en el ecosistema y se centra en la comunidad. Una nueva percepción de la naturaleza ha proporcionado el diseño tanto de estrategias como de estructuras.

El entendimiento de las raíces de los problemas en las Filipinas también podría dar un pequeño indicio de sus causas en todos los lugares del planeta. La estrategia para abordar las crisis en las Filipinas podría ayudarnos a entender lo que se necesita para resolverlas en el ámbito mundial. ●